

Recuerdos de Jotabeche

Por Marino Muñoz Lagos



Lo primero que llama la atención en este periodista y escritor es la sonoridad de su seudónimo: Jotabeche. Quienes lo leyeron en su tiempo se daban cabeza con cabeza para adivinar quién era el endilgador de párrafos que aparecían en diarios y revistas, proclamas y folletos. Sólo el paso de los años vino a descifrar el enigma de tan conocida identidad literaria.

Jotabeche se llamaba legalmente José Joaquín Vallejo Borkoski y adoptó su seudónimo en vista de la admiración que sentía por su amigo argentino Juan Bautista Chaigneau, quien se distinguía por su gracia en la ciudad de Copiapó, la cual sirvió de vida y de tribuna al ilustre escritor chileno. Jotabeche recoge las iniciales del nombre y los apellidos del cuyano cordial y forma entonces uno de los apelativos más curiosos de nuestra literatura.

¿Cómo escribía Jotabeche? Muy sencillo: con una llaneza y un humorismo que ya se quisiesen los periodistas de hoy, porque fue en el diario donde hizo sus mejores armas. Muy pocos como él esgrimieron la pluma con tanta facilidad y mejores dividendos. En la arena política fue un derechista de tomo y lomo, como que "El Mercurio" le abrió sus puertas y sus páginas en memorables crónicas. Aunque fue hijo de una familia muy modesta, gracias a su tesón y su aptitud pudo consolidarse económicamente y desenvolverse dentro de un buen pasar.

Nos habla de las mujeres de su tierra y escribe: "El bello sexo de Copiapó, es como el bello sexo de todas partes, con lo que creo hacer su elogio. ¿Dónde no son las mujeres amables, bellas, graciosas, dotadas de bondad y de talento? ¿Quién es el desgraciado que, bajo cualquier clima que las haya visto, no ha encontrado en su trato los encantos de uso y costumbre, los atractivos de tabla y las calenturas de cabeza, sin las cuales no se puede vivir en medio de ellas?".

José Joaquín Vallejo había nacido en

Copiapó el 19 de agosto de 1811, hijo de padres muy humildes. Su progenitor trabajaba como platero en una tierra que sueña con una veta a cada paso. Ingresó al Liceo de La Serena, trasladándose más tarde a Santiago, donde continuó su aprendizaje en el Liceo de Chile y el Instituto Nacional, en cuyas aulas siguió estudios incompletos de leyes, que le sirvieron más tarde en juicios mineros de su zona natal.

José Joaquín Vallejo, o mejor dicho, Jotabeche, fue uno de los integrantes más valiosos del celebrado Movimiento Literario de 1842, que permitió el encauce de las actividades culturales chilenas y la apertura a la educación de planteles como la Universidad de Chile y la Escuela Normal de Preceptores. Junto a los nombres de José Victorino Lastarria, Salvador Sanfuentes, Mercedes Marín del Solar, Francisco Bilbao, Guillermo Blest Gana, Guillermo Matta o Eusebio Lillo, en nada desmereció el de este copiapino bueno para la polémica y la crónica a vuelo de pájaro. No olvidemos que junto a los intelectuales chilenos ya citados, hubo numerosos extranjeros, entre los cuales destacaron nítidamente el venezolano Andrés Bello y el argentino Domingo Faustino Sarmiento.

Este mismo argentino de que hablamos calibró en forma profunda la forma de escribir que tenía Jotabeche y sus opiniones como estíletes dirigidos de pleno al contrincante. Escribe Sarmiento: "El rival más formidable que se alzó en la prensa fue Jotabeche. Tanto talento ostentaba en sus ataques, tan agudo era su chiste incisivo, que hubiera dado al traste con mi petulancia".

Al final de sus días, Jotabeche se refugió en su ciudad natal de Copiapó, donde dirigió un periódico de su propiedad llamado "El Copiapino", al mismo tiempo que administraba sus pertenencias mineras. Falleció muy joven, a la edad de cuarenta y siete años, víctima de una cruel enfermedad.